

Erri De Luca

La natura expuesta





Seix Barral Biblioteca Formentor

Erri De Luca

La natura expuesta

Traducción del italiano por
Carlos Gumpert

Título original: *La Natura Esposta*

© Erri De Luca, 2016

Publicado por primera vez por Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán

Publicado con el acuerdo de Susana Zevi Agenzia Letteraria, Milán

© por la traducción, Carlos Gumpert, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo de 2018

ISBN: 978-84-322-3352-4

Depósito legal: B. 2.467-2018

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Vivo cerca de la frontera estatal, bajo montañas que me sé de memoria. Me las aprendí como buscador de minerales y de fósiles, más tarde como escalador. Mis inciertas ganancias provienen del comercio de lo que encuentro y de pequeñas esculturas de piedra y madera.

Tallo nombres para los enamorados tenaces, que los prefieren grabados en ramas y piedras, en lugar de en tatuajes. Duran más, sin deslustrarse. Busco raíces secas, piedras que se parezcan a letras del alfabeto. Son fáciles de encontrar las de forma de corazón, remontando los pedregales de los arroyos secos. Otras formas más ás-

peras las encuentro en graveras, donde se acumulan los desprendimientos de las paredes. En la naturaleza se encuentran silabarios.

Me suelen buscar para trabajos menores de reparación de esculturas, por lo general en iglesias. Por aquí muestran mucho interés en que las decoren los artistas. Yo no lo soy, arreglo narices, dedos, las partes más frágiles. De niño estudié en una escuela de artes y oficios. Con ese diploma acabé yendo a trabajar a la mina de carbón. Desde que cerró, me las apaño con lo que voy encontrando.

Acababa mi turno en la galería y en vez de bajar al pueblo subía a la montaña. Sentía deseo de nieve, me lavaba las manos y la cara con ella. Corría ladera arriba por el bosque, exprimía por los poros un sudor limpio. Subía a las ramas de un enorme pino cembro amasando con resina mis manos. Desde el palco más alto me quedaba mirando el horizonte, para quitarme de encima la galería. Me recorría la espalda el estremecimiento del perro salido del agua.

Sigo teniendo admiración por los artistas, un sentimiento de espectador, no de colega. Cercano a los sesenta, todavía subo bien a los andamios y a los montes. Vivo en la última casa de las afueras de la aldea. Para mí es la primera en el descenso de los bosques, a pocos metros de una pequeña cascada que me da agua corriente. Nunca falta un reguero, ni siquiera cuando hiela.

Desde hace algún tiempo llegan al pueblo extranjeros desplazados. Tratan de cruzar la frontera, las autoridades lo toleran, para no tener que ocuparse de ellos. Vivimos en una tierra de tránsito. Alguno podría detenerse, pero nadie de los que han llegado hasta aquí lo ha hecho. Tienen como brújula una dirección en el bolsillo. Para nosotros, que no hemos viajado, son ellos el mundo que viene a visitarnos. Hablan idiomas que suenan como el ruido de un río lejano.

Para ellos ha crecido un pequeño servicio de acompañantes al otro lado de la frontera. Somos tres, ancianos, porque aquí arriba se es anciano

a los sesenta años. Sólo nosotros tres conocemos los pasajes incluso en la oscuridad.

Qué agradecidos los Estados colocando fronteras sobre los montes, los toman por barreras. Se equivocan, las montañas son un tupido sistema de comunicación entre sus vertientes, ofrecen variantes de paso según las estaciones y las condiciones físicas de los viajeros.

Las pistas de nosotros tres desembocan en el otro lado sin toparse con alma alguna. Las fronteras funcionan en la llanura. Se levanta una alambrada y ya no se pasa. Eso no puede hacerse en la montaña.

El acompañamiento tiene su tarifa. Aquí la han establecido los otros dos, a mí me parece bien que sean ellos los que determinen la remuneración. Los viajeros pagan en efectivo, forzados a la confianza. Se emplea un inglés de diez palabras, la jerga de los desplazamientos.

Siempre hay alguien que trata de pasar sin nosotros y se pierde, se agota y nos lo encontramos reseco, picoteado por los cuervos. Le damos sepultura, llevamos una pala en cada viaje.

Desde lejos uno cree ver un paso, luego, desde cerca, desde el interior, ya no lo encuentra.

Llegan mujeres, niños solos, no hay descuentos, el acompañamiento no resulta más ligero, sino, al contrario, más largo. Si se trata de hombres robustos los llevo por lo más difícil, que es más corto. En algunos tramos escarpados les ato una cuerda a la cintura y tiro de ellos hacia arriba. Por eso les pido que lleven una mochila y las manos libres.

Con los niños y las mujeres hay que seguir la pista más lenta, preocuparse por sus ropas, por el calzado. Sin un buen par de botas y ropa de abrigo no salgo, ni siquiera en verano. Los otros dos los aceptarían incluso descalzos. Ganan más dinero ahora que durante toda su vida.

Uno es herrero, panadero el otro. Nos conocemos desde que éramos unos críos revoltosos. Escalábamos juntos, rebuscábamos debajo de todas las piedras cuando nos pagaban por cada serpiente capturada.

Hemos dormido entre los montes y debajo de los árboles. El herrero es alto, recio, deja huellas de oso. El panadero es el más anciano de los tres, las manos recocidas como hogazas, inútiles

ya para cualquier cosa. Los pies, en cambio, le funcionan y con ellos se mete sus buenos ahorrillos en el zurrón.

Nunca vamos juntos, cada uno hace su viaje. A veces nos cruzamos entre quien va y quien regresa.

Acabamos saliendo de la misma avalancha que nos arrastró durante centenares de metros en su repentina oscuridad en pleno día. Al final de la carrera nos escupió como huesos de fruta descarnados.

Cuando te despeñas, los primeros metros lentos son espantosos, luego aceleras, das tumbos, te golpeas y te peleas con la muerte. Volví a ver el aire al final de la ladera, habiendo escapado del saco, pasmado de estar vivo y entero. Me levanté, vi al herrero bocabajo en la nieve, con los pies asomando. Lo saqué y le soplé mi aliento en los pulmones hasta que me escupió en la cara su primer resoplido. El panadero estaba más lejos, pero con la cara al aire, desvanecido. Bastó con unos bofetones. Tenía un brazo escacharrado. Vivos tres de tres, mejor imposible. Por la

noche nos vaciamos una garrafa de vino de cinco litros, tampoco fue mucho.

La nuestra no es aldea para mujeres. Se han ido marchando a la ciudad, casadas o no. Tienen por tradición de belleza el cruce con la gente de paso. Llevan la caravana en la sangre. Los varones se quedan, aquí entre nosotros el mundo funciona con este revés, y no nos quejamos. Nos hemos vuelto un pueblo de hombres y animales.

En verano vendo a los turistas las piezas y esculturas que hago en invierno. En una mesa áspera delante de la casa coloco mis ofertas. Se detienen por curiosidad. Para ellos, el tiempo está unido a la compra, si no tienen dinero no se detienen. Lo dicen, se disculpan incluso, mientras pasan de largo, como dirigiéndose a alguien que extiende la mano. No se imaginan que puedo llegar a regalar mis cosas a quienes se detienen a mirar, a tocar, a preguntar.

Aquí arriba había peces, corales, conchas. De sus restos están hechas las montañas. A los que dicen con desdén que somos montañeses les respondo que teníamos el mar antes que ellos.

Lo demuestro con el pez grabado en la cara de la piedra, el molde de una raspa, de una valva de ostra.

Saco a tomar el aire también mis libros usados, los ofrezco como lectura, hago de biblioteca municipal, que aquí no hay.

A mí me han servido para conocer el mundo, la variedad de las personas, que por aquí son escasas. Mantienen la casa caliente, compactos contra la pared que da al norte.

Menguada la vista leo menos, aplazo la compra de un par de gafas. El cuerpo tiene sus generaciones, esta última va un poco a ciegas. Por eso sé andar de noche por las montañas.

Los encuentros con los viajeros tienen lugar en la posada. Por lo general, entra uno de ellos y viene en nombre de los demás. Alguno de nosotros siempre está y, si no, se le espera.

No hay necesidad de apartarse, aquí las cosas de los demás se saben, los agravios, las mañas, las traiciones. Están entremezcladas junto con los huesos. Dejamos vivir sin inmiscuirnos.

El posadero se encarga de acomodar en el es-

tablo a los recién llegados. Si el tiempo no quiere, toca esperarlo.

No son mendigos, tienen dinero para poder viajar en primera clase. En cambio, deben hacerlo con nosotros, a escondidas, a pie, pagando cada metro recorrido. Están acostumbrados a los bandoleros, nosotros somos los últimos con los que se topan, y no los peores.

Hablo de nosotros para no excluirme, pero yo me comporto de manera diferente. Hago que me paguen como a los demás, y cuando los dejo al otro lado, devuelvo el dinero. A ellos les hace más falta. No se lo digo antes, que llevo su dinero encima, no sea que a alguno se le meta en la cabeza recobrarlo por la fuerza.

No inducir en tentación: esta frase del catecismo se me ha quedado clavada en la cabeza. Si induces a la tentación, la mitad de la culpa es tuya.

Al otro lado de la frontera les señalo dónde detenerse para descansar, dónde hallar transporte. Les devuelvo su dinero y doy media vuelta. Me tapo los oídos, así entienden que no quiero

que me den las gracias. Soy alérgico a los *thank you*.

Me alegro de ser útil a la edad en la que por aquí uno acaba en el desguace, en el delirio alcohólico, en el asilo. La ventaja de no ser padre estriba en que no hay ningún hijo que quiera encerrarme allí dentro.

La montaña es mi asilo, un día será ella la que me cierre los ojos y se los dé a los cuervos, es su bocado preferido.

En los montes de la aldea se vivió la guerra de mis abuelos. De regreso de una travesía me detengo en un campo de batalla. Me tumbo junto a cuerpos que no existen ya, cierro los párpados.

Espero hasta imaginarme que soy uno de ellos, coetáneo de desventura. Dura el tiempo de unas cuantas respiraciones.

En la montaña se mezcla la memoria con la imaginación. Cuando escalo una pared, coloco los dedos en los mismos centímetros y asideros que los alpinistas que la inauguraron por primera vez. Coincido con sus movimientos, meto el mosquetón en la anilla del clavo que hincaron, la nariz guarda la misma distancia respecto a la roca.

Si mi hermano gemelo estuviera vivo, lo aprobaría. Tenía seis años cuando fue borrado por la ola de la crecida del arroyo en primavera. Estaba pescando truchas desde una escama de tierra en medio de la corriente. Desde la aldea oímos el ruido de tormenta de la riada, arrancando árboles y piedras de las orillas, destrozando. Encontramos uno de sus zapatos varios kilómetros aguas abajo.

Hace más de cincuenta años: pensar en él me sirve de compañía. Era valiente sin exhibicionismos, se subía a los árboles, se tiraba al agua helada. Sigo considerándolo un hermano mayor incluso ahora. En las decisiones pienso en él, le consulto. Tiene derecho a la última palabra. No estoy seguro de reconocerla, me basta con pensar que es la suya.

Él era zurdo, yo no. En su nombre quise aprender a usar su mano al mismo nivel. En el cuaderno escribo una página con la mía y otra con la suya. En la mesa alterno los cubiertos. Así las manos siguen siendo gemelas.

Entretanto, novedades, ha venido la televisión extranjera a buscarme. Han ido a ver al posadero. Éste sabía que estaba haciendo una travesía y los ha alojado. Sale a mi encuentro en el camino de regreso. Me dice que me he convertido en alguien importante. Uno de los que acompañé hace un año es escritor, ha publicado un libro sobre su viaje, que ha tenido fortuna. Habla de nuestra aldea y del cruce nocturno. Cuenta que al alba, ya al otro lado, le devolví el dinero.

Así me ha metido en un lío. El posadero se frota las manos por la publicidad para el pueblo y para la fonda. La noche anterior estuvieron filmando varias tomas en el interior, hasta en nuestra mesa vacía, donde establecemos los acuerdos.

—Vendrán muchos turistas, nada de sitios en el granero.

Me arrastra con él, llevo la noche a hombros, pero ni siquiera paso por casa.

Planto los pies en el suelo, me detengo. ¿Un escritor? Es todo falso, se habrá inventado la historia. ¿Quién puede tragarse eso de que devolvía el

dinero? Ya conocemos a los escritores, venden historias.

El posadero me mira mal:

—No seas aguafiestas. Por una vez que esta birria de aldea le interesa a alguien.

A ver si dejo de soltarle patrañas a la cara.

Con el éxito del libro se han sumado otros testigos que, entrevistados, han confirmado las travesías «gratis». Quieren hacer un programa especial e invitarlos a ellos y a mí.

Es el final de mi pequeña satisfacción de seguir siendo útil. La atención, la publicidad pone fin a las travesías por nuestra zona.

Contesto al posadero que ni siquiera en mi lecho de muerte admitiré haberlo hecho gratis.

Me toca hacer el papel del memo, negar, decir que es todo fantasía del ingenio. Repito esta frase durante todo el día a los que me lo preguntan. Hasta ahora ningún extraño me ha pedido una opinión en mi vida y de repente se ha juntado una multitud.

El herrero y el panadero me retiran el saludo, el acto más grave entre la gente de pueblo, una ex-

pulsión del registro de los vivos. Estoy de acuerdo con ellos, me retiraría a mí mismo el saludo.

El escritor, tenía que haber un escritor entre los cientos de personas a las que he acompañado, tenía que escribir un libro y que encima tuviera éxito: estos casos reunidos son casi imposibles y, sin embargo, aquí están para arrojar a un hombre fuera de las filas.

Habría pensado que me hacía un favor. Podría haberme preguntado, volver aquí y preguntarme si me parecía bien. En cambio, se puso a escribir: «Me hizo cruzar las montañas en la oscuridad, con una brújula en la cabeza y no en la mano. Nos trató como a seres humanos y no como rebaño destinado a ser esquilado. Nos devolvió nuestro dinero, se dio la vuelta y se marchó a toda prisa tapándose los oídos para darnos a entender que no hacía falta darle las gracias. Nos quedamos con la boca y las manos abiertas, algunos de nosotros conmovidos. Escribo estas páginas por gratitud».

Basura, los lectores de hoy se lo tragan todo. Me pagó, ¿verdad? Me dio su dinero y yo lo acepté. La devolución no cambia las cosas. Me lo embolsé e hice de contrabandista de personas

previo pago. Al otro lado de la frontera me descargué de un peso para el viaje de regreso.

Estoy hablando en serio, volvía más ligero sin ese dinero, sin sentir el cansancio de la noche de ida. Regresaba a tiempo para la cena y para el sueño. Podía ocurrir que la noche siguiente tuviera que volver a salir. De haber tenido el impulso del dinero, no me habría bastado para volver a salir.

Son asuntos míos y tendrían que seguir siéndolo. En cambio, han quedado expuestos, avergonzándome. El santo de los montes, el contrabandista caballero: la celebridad es una tomadura de pelo.

Ante la mesa sin tratar de delante de mi casa, con los objetos expuestos, se detiene en los días siguientes un grupo que ha subido con una excursión en autobús. Vienen por mí, han visto el reportaje en las noticias. Compran de una sola vez lo que no vendo en toda la temporada. No hago fotografías, se las hacen entre ellos.

Sigo negando lo ocurrido, no me creen. Hasta parece que les gusta mi negación. No lo digo para que me crean, sino para que me dejen en paz.

Alguien me dice en voz baja que ha ayudado a un prófugo él también. Pone cara de conspirador, que sabe que ha cometido una transgresión. Tal vez sea así en la llanura, aquí es diferente. Prófugos, así los llaman. Para mí son viajeros de desventura, demasiada han tenido, toda de golpe. Tratan de quitársela de encima con el viaje. La desventura es una sarna que hay que rascarse. Muchos no consiguen desprenderse de ella, se les queda pegada como un pesado lastre que los aplasta.

Uno me pide que lo lleve al otro lado de la frontera, quiere vivir la experiencia. Le digo que no, que ciertas noches de caminata se hacen por necesidad. Si es por curiosidad, trae mala suerte. Es un periodista, joven, quiere algo para contar. Para eso, le digo, no hace falta ponerse a hacer, basta con ponerse a inventar. Uno pone su imaginación, y se ahorra la nohecita en blanco.

Dice que me paga. Lo mando a ver a los dos

compadres a la posada. Él quería ir conmigo. No hay nada que hacer.

Después de todo esto también el resto del pueblo me mira mal.

—Así que teníamos a un santo por casa y no lo sabíamos.

En la posada se produce la ruptura. Estoy allí en nuestra mesa de siempre bebiéndome mi cuarto de tinto. Aparecen los dos, se quedan de pie. Habla el panadero.

—¿Qué se te pasaba por la cabeza? ¿Es que te crees que tus piojos son rebecos?

Entre nosotros corre este proverbio, uno que se da aires cree que sus piojos son rebecos. No contesto.

Habla el herrero.

—Nos has metido en un mar de mierda; tú, el santo y nosotros, los bandidos.

—Me conocéis desde el siglo pasado y hacéis caso a las chácharas de los extraños.

—No tienes el valor de admitir que nos has engañado —dice el panadero.

—El dinero lo aceptaba como vosotros.

—Y luego se lo devolvías.

—De lo que haga con el dinero no tengo que rendiros cuentas a vosotros. ¿Os pregunto yo qué habéis hecho con él?

—Es asunto tuyo mientras no se difunda por la televisión. El paso se ha ido al garete, por aquí ya no cruzará nadie más.

—Pura puesta en escena, quieren que se vea a la Guardia di Finanza deambulando por la aldea. Dentro de una semana se habrán ido.

—Pues entonces, dentro de una semana haz la travesía con el dinero en el bolsillo y no lo devuelvas.

—Insistís en ocuparos de mi dinero. Cogedlo vosotros, yo hago la travesía a mi manera.

El herrero apoya los dos nudillos sobre la mesa y me dice con una voz diferente, baja ahora como un gruñido:

—Tu caridad no nos sirve de nada. Lo que nos hace falta es que te bajes del altar.

—Yo ahí no he subido.

—Te han colocado ellos, haz un gesto para bajarte.

—Ya lo he hecho, he negado.

—Con todos los que han dicho lo mismo de

los acompañamientos gratis, ¿van a creerte a ti o qué? —dice el panadero.

—Que crean lo que quieran.

Los miro sentado, no los invito a sentarse. El herrero habla ahora como dando golpes al hierro, articula las sílabas como un martillo.

—Haz una travesía y quédate con el dinero. Así demuestras que aún sigues siendo uno de los nuestros.

Entiendo. No soy uno de vosotros. Soy uno y nada más. Se me han pasado las ganas de cruzar los montes. El herrero alza una mano cerrada.

—No te derribo a puñetazos porque una vez me salvaste el pellejo. Ahora estamos en paz. Ya estás largándote.

—Estoy sentado aquí y aquí voy a seguir. Idos vosotros si queréis.

El herrero levanta el puño sobre la mesa y da un golpe haciendo saltar por los aires el vaso y la jarrita de cuarto.

¿Qué debe hacer un hombre, aunque tenga el pelo blanco? Echo la mano al bolsillo interior de la chaqueta y saco poco a poco el cuchillo de

hoja fija. El panadero se coloca delante del herrero.

—Ya te pago yo el vino. Posadero, trae otro. Ahora nosotros nos vamos y tú mañana te marchas del pueblo.

Otras veces ha habido riñas entre nosotros, pero habíamos bebido. Después de la llamarada volvíamos a ser los mismos. Esta vez estamos sobrios y no hay un antes al que podamos volver. El cuchillo corta, aunque no se utilice. Empuñarlo es ya cortar. Miras a la cara al otro y ya has cortado.

Se dan la vuelta, se marchan, sus pasos pesados sobre la madera son patadas. El posadero se acerca con el cuarto de vino y con el trapo para secar.

—¿Lo hubieras hecho? —pregunta, y señala el cuchillo.

—¿Quieres la respuesta de uno famoso por decir mentiras? Sabes mejor que yo si lo hubiera hecho o no.

Bebo el cuarto, el último de mi tiempo en la aldea.

Al día siguiente me pongo en camino antes del alba y fuera de la carretera, a través de los bosques. No me dejo ver mientras abandono el lugar donde he nacido y vivido.

Llevo mis herramientas de trabajo, voy a invernar a una ciudad junto al mar, al final de las pendientes. No la conozco, creo que buscaré algo para reparar.

Antes del alojamiento, busco un local barato donde conseguir una comida caliente por la noche. Tiene que ser un sitio donde se intercambien saludos. Encuentro uno que me conviene en el puerto, regido por una mujer a la que enseguida llamo la dueña. Me presento y pregunto a cuánto me saldría una comida cada noche. El precio es bueno y me recomienda un alojamiento. Es una mujer robusta, de maneras francas y expeditivas, el pelo negro recogido en un pañuelo de flores, de edad inferior a la mía.

Sus huéspedes son marineros de paso y obreros argelinos de una cantera de mármol. Buena gente, dice de ellos, pero sin vino. Hay una única

enorme mesa, uno se sienta al lado de quien ya está allí, en el mismo banco.

Así conozco a la parte de los viajeros que se han quedado entre nosotros.

Echaba de menos el poder hablar con los que se han asentado. En otros tiempos, había exploradores que llegaban hasta pueblos desconocidos, rebuscando por el mundo. Hoy tenemos a visitantes como éstos, desembarcan en una tierra firme, preguntan cómo se llama y dónde se encuentra. Consternados por hallarse lejos del lugar que llevan escrito en el bolsillo. Después encuentran un trabajo que los necesita a ellos y sólo a ellos, a falta de otros.

Hablo con quien me responde por extenso, no por sílabas. Escucho historias de suertes estrañalarias, formas nuevas de morir, asfixiados en una bodega de carga por los gases del motor, congelados en el hueco del tren de aterrizaje de un avión, asfixiados en el camión aparcado bajo el sol del verano.

—Para que sea justa la muerte, ha de ser igual la forma de morir, su manera de abrazar-

nos. Ha dejado de ser cierto, como dice el poeta persa, que la muerte es justa porque alcanza al miserable y al rey.

Le cuento mis datos de fósiles marinos sobre las montañas. Él aprecia la geografía, la vida en la tierra antes de nosotros. Es un buen conocedor de historias, de esas que no tienen autor. Como los refranes y los chistes, cuyo origen se desconoce.

Está bien hablar de costado, volviéndose de vez en cuando hacia nuestro vecino. La dueña sirve la enorme mesa según el orden de entrada en su local. No olvida los nombres ni las especias que le gustan a cada uno.

Al lado del hombre escucho las migajas de su jornada, los pesos, los ahorros, la mujer lejana, los niños que crecen sin él, la casa en construcción en la meseta con la paga del mármol. Le digo que mi casa salió de años en la excavación del carbón. Sonreímos por nuestro trabajo en blanco y negro.

Durante el día hago la ronda de las tiendas para saber si hace falta arreglar algo. Después hago la

ronda de las pequeñas iglesias, por lo general siempre se encuentra alguna cosa. Aquí no, no dan tanta importancia a sus ornamentos.

No puedo aguantar mucho, si no sale nada tendré que marcharme. Después de la ronda de las iglesias pequeñas, me asomo también a la grande. Es un lugar solemne, intimidada. No tengo fe en lo alto de los cielos, los he visto de cerca, son fríos. En mi afán de llamar a todas, voy también a ésa. Tengo suerte justo con la última que quedaba.

El párroco es un hombre latinoamericano de unos cuarenta años, me mira pensativo, me pregunta qué sé hacer. Le cuento mi variedad y se le ocurre que podría intentar una reparación. Es bastante delicada, dice, una estatua de mármol, un crucificado de tamaño natural.

Me pregunta si estoy familiarizado con el mármol. Sí, lo he trabajado, me las apaño.

Tiene una voz sosegada, grave, manos recias, no de organillero. A un hombre siempre se las miro, para entender quién es.

Me acompaña a ver la escultura. Está dentro

de un cobertizo en la planta baja, en el patio de la casa parroquial. Parece perfecta, un bloque de alabastro esculpido con intensa precisión. Quedo admirado, giro a su alrededor, será del Renacimiento, creo haber exagerado contando mis habilidades.

—¿Qué te parece?

Me gusta su tuteo. Contesto que está íntegra, además de ser maravillosa, nada que arreglar, si acaso que limpiar.

Me cuenta la historia.

—El escultor es un joven artista de principios de 1900. Acomete esta obra maestra suya nada más volver de los frentes de la Primera Guerra Mundial. Recibe el arriesgado e insólito encargo de esculpir en mármol un Cristo desnudo. La posguerra fue una época de grandes mudanzas y la Iglesia sintió la necesidad de corresponder a los tiempos.

»Has de saber que en las crucifixiones el condenado era izado desnudo. En otros tiempos se admitía esa representación del suplicio. Incluso Miguel Ángel esculpió un crucificado des-

nudo, en madera. Después del Concilio de Trento la Iglesia se puso a recubrir la desnudez.

Mientras me habla, admiro la obra maestra, que no está desnuda en absoluto.

—El joven escultor realiza la obra en un solo año de trabajo porfiado e insomne. Pero ya al año siguiente han cambiado los tiempos y también el obispo. El nuevo ordena cubrir la desnudez con un drapeado. El escultor se opone, es despedido. Otro añade la horrenda tela que se ve ahora. El escultor muere poco después, en las montañas.

Sigo sin entender qué tengo que hacer.

—Como puedes ver, se trata de una obra digna de un maestro del Renacimiento. Ahora la Iglesia quiere recuperar el original. Se trata de eliminar el drapeado.

Observo el revestimiento en piedra diferente, parece bien anclado en los lados y en la desnudez. Le digo que si se quita se dañará inevitablemente la natura.

—¿Qué natura?

La natura, el sexo, donde yo vivo a la des-

nudez de los hombres y de las mujeres la llamamos así.

—Éste es precisamente el problema. Varios escultores interpelados antes que tú han renunciado.

No sé de dónde me sale la respuesta, el caso es que le digo que podría reconstruir la parte dañada por la escisión. Hasta ahora he reconstruido narices, dedos, incluso una mano que faltaba.

El sacerdote vuelve a escrutarme para comprender la impresión que le causo. Me acompaña a la rectoría, nos sentamos en su mesa. Me pide que abra la palma de las manos. Está seca, áspera, le basta como indicio.

Hace un año que recibió del obispo el encargo de encontrar al escultor adecuado. La Iglesia es consciente del enorme valor artístico de la obra y por medio de ella quiere acercar de forma nueva y natural la verdad del sacrificio.

Me hace saber que soy el último en una larga serie de consultas con artistas, consagrados o no. Uno dijo que la eliminación traumática del re-

vestimiento era ya tarea suficiente para representar la desnudez y su historia censurada. Los que accedieron a intentarlo, propusieron soluciones extravagantes. En lugar de la parte desprendida uno se imaginaba un pájaro, un cuco en concreto, dado que pone sus huevos en los nidos ajenos. Otro pensó en una flor. A una joven artista se le ocurrió la idea de un grifo.

—Tendría que haber grabado las conversaciones. Podría salir un libro interesante.

En definitiva, yo soy el último, y el año está llegando a su vencimiento. Le agradezco la sinceridad, un buen punto de arranque. Le digo que me comportaré de la misma manera. Si no soy la persona apropiada, se lo diré.

Me pide una prueba. Acepto y volvemos al cobertizo. Tomo medidas de la pelvis y de la altura del cuerpo. Nos despedimos estrechándonos las cuatro manos.

Quedo en hacerle una copia en yeso de la parte cubierta.

Por la noche me miro desnudo al espejo. Repito la forma estirada del cuerpo en torsión, mi natu-